

CARLOS MARZAL: LA CONSOLIDACIÓN DE UN POETA

(A propósito de *Los países nocturnos*)

Carlos Javier Morales
Universidad de La Rioja, España

Cuando un poeta, al publicar un tercer libro, confirma la visión del mundo y el lenguaje lírico de sus volúmenes anteriores, dotándolos de mayor rotundidad y sorpresa estética, todo nos conduce a reconocer una voz poética sobradamente consolidada, a pesar de su relativa juventud. Este es el caso de Carlos Marzal (Valencia, 1961), al ofrecernos *Los países nocturnos*¹. A demostrar este aserto, en el menor espacio posible, dedicaré las líneas que siguen.

Después de sus dos logradas entregas anteriores, *El último de la fiesta* (1987) y *La vida de frontera* (1991), Marzal ha demostrado suficientemente la validez que, en el caso singular de un autor, nos puede ofrecer la controvertida corriente de la “poesía de la experiencia”, la cual se ha convertido, al parecer, en un marchamo estético de la última lírica española con técnicas y señales inconfundibles. Aparte de la impropia tautología con que se designa esta supuesta escuela (¿qué poesía no es de la experiencia?), considero que lo verdaderamente importante no está en sus manifiestos y proclamas teóricas, sino en los concretos resultados que nos proporciona cada autor, único punto de partida para cualquier valoración pretendidamente justa. Y es esto lo que Carlos Marzal ha superado con creces en sus tres volúmenes publicados hasta hoy.

Habiendo partido, en su primer libro, de la constatación del sinsentido y del curso inevitablemente erróneo de nuestra vida, Marzal ha seguido manteniendo de modo coherente esta desoladora convicción. Si en el terreno filosófico podría discutirse el fundamento de este nihilismo existencial, en el plano estético, que es el que como poeta le compete, esta personal cosmovisión ha permanecido aún más firme y seductora. El error radical de nuestro mundo y de nuestra existencia ya había quedado inscrito dentro de una concepción

¹ Barcelona, Ed. Tusquets, Col. “Nuevos textos sagrados”, 1996.

cíclica del tiempo que obligaba al yo-poético a continuar hasta la muerte esta aventura vital frustrada desde el principio. En *Los países nocturnos* se reinicia en esta misma fe de vida, que ahora nos arroja nuevas consecuencias y nos conmueve con una mayor tensión dramática.

Lo que singulariza esta posición espiritual atañe tanto a su pensamiento como a su concreta dicción poética. Suele arrancar Marzal de una experiencia propia, por lo normal, de origen explícitamente autobiográfico, la cual suele narrarse con un ánimo complacido —hasta jubiloso— o, al menos, indiferente. Y una vez afincados en ese estado espiritual de exaltación o de equilibrio, el poema nos sorprende —de un modo más o menos imprevisible— con un remate que apunta a lo contrario: a la cruda exposición del vacío existencial en que esa experiencia desemboca, hallándose obligada a repetirse en el curso de la vida por un yo-poético que, a fuerza de resignarse, se ha derrumbado en el más frío escepticismo. Este patrón estructural de sus poemas necesita matizarse debidamente en cada caso concreto, pero el diseño general que aquí he trazado nos indica que no se trata simplemente de una estructura poemática sabiamente aprendida, sino que apunta directamente a su personal visión del mundo. He aquí la consumación de ese consorcio singular entre pensamiento y estilo que identifica a todo auténtico poeta.

Dentro de esta misma actitud, lo que *Los países nocturnos* aporta es un notable acrecentamiento de la ironía y de la violencia temperamental con que el poeta se encara ante esas agobiantes leyes del mundo y de la humana existencia. Ironía y violencia que a veces dejan vislumbrar un sabor agrio difícil de compartir fuera del poema (aquí se enfrenta el poeta con la posible discrepancia intelectual de sus lectores), pero que en el texto reclama un necesario asentimiento por parte de cualquier sensibilidad afinada y libre de prejuicios.

Esa gran cuestión nuclear, la afirmación del error radical del mundo y de la vida, aparece explícitamente desarrollada en numerosos poemas del nuevo libro (“Quid pro quo”, “Sangre joven”, “Las cosas han cambiado”, “El álgebra”, “Consideraciones gnósticas”, etc.), siempre de una forma imprevisible y, por ello, justificada. Así, en el primer poema citado, que inaugura el libro, no asistimos a ese momento de narración placentera de un concreto acontecer vital, como he afirmado de modo genérico en el esquema anterior. Aquí, por tratarse de un poema inicial y programático, el juicio intelectual se nos ofrece claramente marcado desde el comienzo: “Pactaste, con tu sangre, con la sangre del mundo,/ y, aunque no lo pidieras, a quién le importa ahora”. Un enunciado de contenido semejante ocupa la parte central del texto, ahora de forma convenientemente universalizada y sentenciosa: “No hay equidad que valga,/ no hay un cálculo que pueda iluminarte./ Es una matemática salvaje/ cuyos preceptos nadie te ha enseñado”.

El final vuelve a apelar directamente a ese ficticio *tú* del poema, de manera que, sin perder la frescura vital de la experiencia, el poema pueda esculpir

para siempre la misma conclusión existencial expuesta desde el comienzo, incluso con la misma imagen simbólica: “Es una reciprocidad mal entendida./ La casa gana siempre./ Y apuestes lo que apuestes,/ en la apuesta final lo pagarás con sangre” (p. 14). No ocurre lo mismo en otro texto mencionado que aborda idéntica cuestión, “El álgebra celeste”. En este caso el inicio contiene una promesa abiertamente esperanzada: “Hay un lugar en medio de la luz/ donde se reconstruyen las ruinas de este mundo”. Pero el poema avanza y nos va borrando las felices expectativas, para terminar con esta oscura y rotunda certeza: “No es una paradoja a la que nos emplacen,/ pero así están las cosas;/ hay, en verdad,/ una sabiduría de existir./ Y quien quiere aprenderla está ya muerto” (p. 108). Es otra forma, no menos legítima y coherente con la visión del mundo del poeta. Esta dinámica variedad, por otra parte, nos da cuenta de la riqueza vital y del virtuosismo poético con que el autor engendra su discurso.

Como distintas ramificaciones de esa desdicha metafísica y existencial, el poeta nos alumbra con vertientes temáticas ciertamente variadas. El gran error constitutivo de este mundo puede originar otros muchos poemas donde lo que se aprecia es la manifestación cotidiana —y por ello siempre amenazante— de esa equivocada raíz del universo (Véanse, por ejemplo, “Fotos del XIX”, “Los límites del día”, “Estela de un avión que cruza el parabrisas”, “Relato de un viajero ocasional”, etc.).

En otras ocasiones es la afirmación del tiempo como circunstancia destructora lo que directamente se pretende demostrar, en un tono lúcido y enérgico que excluye cualquier ambigüedad interpretativa (“Transmutación de la energía”, “Meditación abstrusa”, “Una oscura plegaria”, “La materia del tiempo”, etc.). Pero en este punto se hace necesario advertir que no es la temporalidad en sí misma la causa del trágico desenlace (como sí ocurre en numerosos poetas de este siglo), sino una manifestación más, tal vez la más evidente, de la errónea creación del mundo.

Este gran tema unificador del mundo poético de Marzal discurre a veces por otra vertiente temática propia de toda filosofía de la existencia, pero que aquí se expone por vía poética y más eficazmente luminosa: la soledad del individuo, el contraste entre la voluntad propia y las infinitas voluntades ajenas y el contraste igualmente áspero entre la apariencia y la intimidad de nuestro yo o del otro (“Una visión”, “Lleno de ruido y furia”, “El pozo salvaje”, etc.).

Y, sin embargo, este nihilismo radical, expresado con amarga ironía y hasta con violencia, no excluye una exigente posición moral que ha de manifestarse en la conducta individual y colectiva. El poeta, por ejemplo, proclama a menudo la justicia con que la vida compensa igualatoriamente nuestra dicha y nuestro sufrimiento (“Nos mantienen con vida extraños equilibrios/ que no son comprensibles desde la propia vida”, p. 98). Puede —y así se expone, en

efecto— que el demiurgo que ha configurado el orden moral se haya equivocado, pero lo cierto es que su ley, establecida para siempre, ha de ser acatada y se verá cumplida con una incomprensible pero estricta justicia. Esto niega, por ejemplo, la imposibilidad de concebir una impunidad para los actos humanos; posición que desvía al poeta de cualquier trasnochado decadentismo y le permite expresarse con una severa coherencia y una adecuada gravedad. Si leemos con esta pauta otros poemas (“Después de las noticias de su muerte”, a propósito de Jaime Gil de Biedma, y “La gloria necesaria”, entre otros), nos convenceremos de ese temple moral que, en medio de las tinieblas del ser, empapa el programa de conducta de nuestro autor. He aquí otra clave de su singularidad.

En medio de este vasto pero unitario repertorio temático, saldrán a nuestro paso otros textos de aguda meditación metapoética que surgen auténticamente entretejidos con el inmediato acontecer vital; lejos, por tanto, de toda reflexión intelectualista. La palabra poética adquiere así una función existencialmente necesaria y sagrada, que elude cualquier concepción vulgarizante de la poesía: “Por más oscuro/ que sea el borrador de nuestras vidas/ y el papel tenebroso que se nos ha asignado,/ nuestras palabras deben crecer hacia la luz” (p. 86).

La lectura del libro nos reafirma en la estética practicada anteriormente por Marzal. A pesar de su lenguaje muchas veces coloquial y racionalmente claro, la expresividad poética no sufre merma alguna. Dicha expresividad radica, no en el fácil juego con imágenes arbitrarias, sino en el inesperado contraste de unas experiencias y unas ideas formuladas en el poema, que logran al final una dificultosa aunque convincente síntesis. El poeta transfiere su intimidad a escenas cotidianas, pero observadas con un prudente distanciamiento (el uso, por ejemplo, de una ficticia segunda persona del singular) que posibilitan la ironía o la reflexión serena. A veces —y esto nos sorprende más en el presente libro— el autor prefiere esbozar su intuición en un chorro de imágenes que agobian al lector por su punzante y rápido desfile, pero sin caer nunca en una dicción hermética (léase, por ejemplo, el poema “La fiebre”). Y también se atreve, en contra de los supuestos “postulados” de la *poesía de la experiencia*, a entonar un discurso lírico donde se superponen dos voces sin previo aviso, expresándose en un desconcertante pero espontáneo estilo directo libre, como ocurre en todo el poema titulado “Una oscura plegaria”.

Estos escuetos apuntes han tratado de apreciar los motivos por los que Carlos Marzal ha conseguido una expresividad muy fructuosa, siendo fiel a su práctica poética anterior. Entre los poetas actuales, tal vez sea uno de los que más revelan la influencia de Jaime Gil de Biedma en cuanto a pensamiento y estilo. Lo curioso es que esa influencia no deviene en imitación: de otra forma sería imposible asentir a estos poemas con la inmediatez que aquí se ha demostrado. A Gil de Biedma le atan muchos afectos (y esto supone un riesgo

difícil), pero otros elementos nos presentan la obra de Marzal como auténtica y fiel a sí misma. Repárese, por ejemplo, en el basamento metafísico tan rotundo de este libro, que no suele acompañar a las reflexiones de Gil de Biedma, más ceñidas al nivel propiamente existencial.

La obra que nos ofrece Carlos Marzal, aparte de su interés intrínseco, nos demuestra lo inadecuado y empobrecedor que resulta juzgar a los poetas por su afecto personal a otros o por su defensa teórica de unos postulados más o menos discutibles.

En los acalorados debates sobre la joven poesía española, este libro supone un luminoso punto de referencia para los rigurosos esclarecimientos críticos, que se hacen cada vez más urgentes.